

# Peronismo y menemismo, las manos libres \*

*Availability that's what it all comes down to*  
(Sony a Calogero, del film *A Bronx Tale*,  
Robert de Niro, Estados Unidos, 1993)<sup>1</sup>

## I.

**E**n 1995, año del centenario del nacimiento del general Juan Domingo Perón, se cumplen cincuenta años del 17 de octubre, movilización que diera origen al peronismo y, asimismo, se ha producido la reelección como presidente de la Argentina del heredero más polémico del General, Carlos S. Menem.

A la discusión sobre la caracterización del peronismo ha venido a sumarse no sólo la de los caracteres del menemismo, sino además la de la continuidad entre éste y aquél.

La discusión sobre el carácter peronista del menemismo parece centrada en cotejar las políticas públicas y el discurso político de ambos. El rol del Estado, la política exterior, la relación con los sindicatos y, por otra parte, el sitio de los trabajadores o el de la Nación en el discurso, así como la relevancia de los rituales públicos (actos de masas)<sup>2</sup>, concentran la atención de esa comparación.

\* Agradezco la colaboración que Javier Artigues, Carlos A. Brocato, Paul McNally, Guillermo Ortiz, Angeles Ramírez, Robert Schulte y mis padres me han prestado para este artículo.

<sup>1</sup> «Al fin y al cabo, todo proviene de la disponibilidad». En boca del personaje

Sonny, jefe de la mafia, que enseña los rudimentos de su oficio a Calogero, un niño del barrio, «disponibilidad» alude a poseer una sensibilidad afinada para ver venir los acontecimientos, a tener aptitudes para la previsión, a la vez que a una presencia física constante y visible del

Jefe ante sus potenciales favorecidos, y a contar con los recursos necesarios (humanos y materiales) para llevar a cabo su acción con el mayor poder y la máxima eficacia.

<sup>2</sup> El cambio de los rituales políticos no es completa desde el último gobierno

peronista al de Menem. Ya en 1973, el más grande acto de masas del peronismo (y de la Argentina), el retorno de Perón al país luego de su exilio de 18 años, se frustra al desatarse una batalla campal entre Montoneros y el sindicalismo. En 1974, Perón debió

La primera cuestión es si resulta pertinente identificar un movimiento político con la sociedad que en un momento histórico organizó. ¿Podría, por ejemplo, identificarse la socialdemocracia europea con el Estado de Bienestar? Tal modelo hace a su identidad, pero no podría agotarla.

Del mismo modo ocurre con el peronismo clásico, el de la primera y segunda presidencia de Perón (1946-1955), que dio origen a un tipo de sociedad particular. Ésta se encuentra hoy en declive. El cambio del modelo de acumulación y el pleno funcionamiento de un régimen político democrático marcan la diferencia entre una época y otra. El peronismo gobierna desde 1989 y su política, sobremanera la económica, ha contribuido todo lo que desde el poder político es posible a dismantelar aquel tipo de sociedad inaugurada por el general Perón. Este elemento de ruptura es el que más suele enarbolarse para afirmar el carácter no peronista del menemismo.

Pero ¿por qué el peronismo habría de identificarse más con la sociedad a la que dio origen que con su trayectoria posterior, que contiene por otra parte lo más llamativo de este movimiento: su capacidad para adaptarse a los tiempos, de colocarse en la cresta de la ola como si siempre hubiera estado allí? Basta recordar que en los años setenta, época de auge del antiimperialismo tercermundista, el peronismo se presentó como encarnación de una revolución de liberación nacional, así como en los noventa, época de auge del neoliberalismo, aparece como adalid de la economía de mercado.

La perspectiva que identifica al peronismo con su época clásica (1945-1955) no discrimina entre identidad como formación/partido e identidad como proceso histórico/régimen, de lo cual se deriva que: 1) la identidad como partido es extrapolada/deducida de la identidad como proceso histórico o régimen; 2) la identidad como proceso histórico o régimen queda reducida a lo económico-social, excluyendo los rasgos políticos que hacen también a esta identidad, cualquiera sea el modo en que se piense el grado de influencia de éstos.

En el caso específico del peronismo clásico, además, esta reducción otorga de rebote una homogeneidad al período 1945-1955 del que, por cierto, careció. En general, esa época posee caracteres precisos que pueden ser identificados con un peronismo tradicional, pero también es verdad que pueden verificarse en ella dos etapas: la que va de 1945 a 1949, marcada por el redistribucionismo, y la de 1950 a 1955, distinguida por una orientación no diferente de cualquier política clásica de ajuste en época de contracción económica. Y esto no es poco, pues interesa ver que cuando el peronismo dejó de encontrarse en circunstancias favorables a políticas redistributivas, operó como cualquier gobierno conservador tradicional, lo cual lo acerca al menemismo actual. Pero no sólo han variado

*comparecer en un acto tras un vidrio antibalas. En ese mismo año, el retiro de los Montoneros de la Plaza de Mayo desdibujó el efecto de homogeneidad y encuadramiento de las masas congregadas, central en el ceremonial peronista. Tras la muerte de Perón, los actos presididos por su esposa, a la sazón presidente, carecieron de la imponentia de las concentraciones clásicas. Todos estos elementos quitaron a los actos del tercer gobierno peronista el carácter festivo y a la vez disciplinado que los caracterizaba. Por su parte, el propio Menem disfrutó de una concentración de masas en la plaza de Mayo a comienzos de su gestión.*

las políticas públicas y el discurso que buscaba legitimarlas, sino también las coaliciones sociales que dieron apoyo a los gobiernos peronistas y el carácter de clase de éstos.

Los elementos reconocidos como señas de identidad de un movimiento político (en cuanto formación o en tanto régimen) parecen haber cambiado en el peronismo a tal punto que haría imposible sostener una continuidad histórica de este movimiento, más allá de su pervivencia en el imaginario de sus adherentes.

Sin embargo, es posible sostener que algunos elementos no han variado en el hacer político peronista. Se puede afirmar así que hay continuidad en el nivel de la cultura política, el cual es necesario distinguir del de la ideología<sup>3</sup>. La cultura política es el conjunto de actitudes, valores y normas que en una formación o movimiento se verifican a la hora de hacer y concebir la política. Es el significado que la política tiene para ese movimiento<sup>4</sup>. Por su parte, la ideología, tomada en su sentido débil de cosmovisión, está hecha de unos fines deseables en cuanto a la sociedad y de unos medios de acción políticos, de un programa y de una estrategia, así como de un modo de interpretar el pasado, el presente y el futuro<sup>5</sup>.

Podría objetarse a esta distinción que la forma de concebir y ejercer la política forma parte de la ideología. La frontera entre ambas es lábil, pero hay formas de concebir y ejercer la política comunes a diversas ideologías. Es en este sentido que interesa formular tal distinción. La concepción de la política como guerra, y su consecuente noción del adversario como enemigo, puede hallarse, por ejemplo, tanto en movimientos de izquierda como el maoísmo cuanto en movimientos de derecha como el fascismo italiano. Las diferencias ideológicas no implican simétricas divergencias en cuanto a cultura política. La política puede significar lo mismo para ideologías diversas. Precisamente porque el totalitarismo, autoritarismo o democratismo no definen *per se* una ideología, pero sí forman parte de ella, es que pueden hacer converger a formaciones diferentes en el modo de pensar y practicar la política. También puede verse este problema desde lo que la filosofía política denomina paradigmas de la obligación política. La concepción de lo político (los paradigmas definidos como Estado justo, Estado legítimo y realismo político) no necesariamente coinciden con ideologías determinadas<sup>6</sup>.

Esta convivencia de significados comunes sobre la política con concepciones diversas en lo ideológico podría incluso ser el caso del propio peronismo, que a lo largo de su existencia ha variado sus rasgos al punto de poder ser desdoblado en varios peronismos. Esos rasgos cambian, han cambiado a lo largo del tiempo, pero sin embargo es posible que haya subsistido un modo de ponerlos en práctica, de relacionarlos con el Estado y

<sup>3</sup> Esta distinción se inspira en otras, como la formulada por Silvia Sigal y Eliseo Verón entre ideología y dimensión ideológica (V. Perón o muerte, *Hyspamérica*, Buenos Aires, 1988; pp. 18-23) o la de Ernesto Laclau entre forma y contenido de una ideología (V. «Hacia una teoría del populismo», en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, populismo, fascismo, Siglo XXI, Madrid*, 1978).

<sup>4</sup> Sani, Giacomo: «Cultura política», en *Diccionario de Política, dirigido por Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, Siglo XXI, México*, 1984; pp. 469-472.

<sup>5</sup> Stoppino, Mario: «Ideología», en *Diccionario de Política, ed. cit.*, pp. 785-802.

<sup>6</sup> Véase Rubio Carracedo, José: *Paradigmas de la política, Anthropos, Barcelona*, 1990; cap. 2, pp. 39-65.